**DOMINGO DE PENTECOSTÉS (A)**
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**
**4 de junio de 2017**
**Hch 2, 1-11; Sal 103; 1Cor 12, 3-7.12-13; Jn 20, 19-23**

Queridos hermanos y hermanas: la celebración gozosa que iniciábamos en la noche santa de Pascua continúa. El Señor, que fue glorificado en la resurrección, es quien nos hace el don del Espíritu que penetra y llena todas las cosas para darles vida de una manera inefable. Por ello, nuestra liturgia nos ha puesto en los labios las palabras del salmista que cantaba al Dios creador y mantenedor de todas las cosas en la existencia. Ante la grandeza de nuestro Dios y de su obra, sólo podemos admirarnos, adorarlo, bendecirlo.

El salmo se fijaba primero en la grandeza de la obra creadora, hecha con el aliento de Dios; es decir, con su Espíritu. Toda la variedad del universo, desde la magnificencia de los espacios con la danza cósmica de los astros, hasta la pequeñez de cualquier flor silvestre de nuestra montaña o las partículas microscópicas de la materia, todo es obra de la sabiduría y del amor del Padre que con la fuerza del Espíritu crea toda cosa para ponerla bajo el señorío de Jesucristo. Y de un modo del todo particular, porque ha sido obra de un amor más grande, nos maravillamos de la creación del hombre y la mujer. Y, por ello, nos admiramos de nosotros mismos, con la maravilla de nuestro cuerpo y de nuestro psiquismo abierto a la realidad espiritual; nos maravillamos, aún más, de saber que hemos sido creados para ser hijos de Dios en Jesucristo.

El salmo, por otra parte, cantaba proféticamente el renacimiento de la creación, la renovación de *la vida sobre la tierra*. Este renacimiento, esta nueva creación se ha realizado en la Pascua de Jesucristo. Y ha llegado a su punto culminante al cumplirse el día de Pentecostés, cuando el Espíritu es derramado con profusión. Si la creación habla de la grandeza de Dios, aún habla de ella de una manera más admirable el Misterio Pascual de Jesucristo.

Y nosotros, por el amor de Dios, por pura gratuidad suya, hemos sido admitidos a participar de ella. Sin ningún mérito nuestro, hemos entrado en la dinámica de la muerte y de la resurrección de Jesucristo y del don del Espíritu. San Pablo nos lo ha dicho con toda la fuerza: Nuestra fe en Jesucristo -decía- es un don del Espíritu y el bautismo nos ha sumergido en la vida del Espíritu (cf. segunda lectura). El Apóstol utilizaba dos imágenes muy sugerentes: hemos sido lavados por el Espíritu (él decía *bautizados,* es decir: sumergidos en el agua bautismal) y hemos sido penetrados interiormente por el poder del Espíritu (él decía que *todos hemos bebido*). Esto quiere decir que los creyentes en Jesús, por el bautismo, hemos entrado en una gran compenetración con el Espíritu Santo: nos rodea por fuera porque estamos sumergidos en su ámbito y estamos empapados por dentro. Este Espíritu nos apaga la sed del corazón y nos da la paz. Este Espíritu, sobre todo, nos incorpora a Jesucristo. Por eso podemos decir que el bautismo y la confirmación constituyen nuestro Pentecostés personal. Como cristianos debemos ser testigos de esta realidad admirable para ayudar a los demás a descubrirla.

Pero, San Pablo no se detenía sólo en el aspecto individual de la presencia del Espíritu en el creyente. Nos presentaba también una visión comunitaria. Porque el bautismo es una recepción del Espíritu que nos une a los demás bautizados para formar armoniosamente el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. El bautismo nos incorpora a este cuerpo espiritual formado por miembros diversos pero unido por un mismo Espíritu. En este cuerpo -tal como decía todavía san Pablo-, cada uno recibe

dones diversos en orden al servicio de los demás, en orden al *bien de todos*, el bien de la Iglesia llamada a ser servidora de la humanidad entera.

Cada uno de nosotros ha recibido unos dones del Espíritu para el servicio de los demás. Debemos recordar hoy que nuestras diócesis hacen hincapié en el Apostolado Seglar. Es decir, hermanos y hermanas, sobre la misión particular que los laicos tenéis confiada por el Espíritu. Esta misión os debe hacer testigos de Jesucristo en vuestros ámbitos familiares, laborales, de ocio, etc. Por ello sois invitados a "Salir, caminar y sembrar siempre de nuevo" (lema de la jornada de este año). Salir hacia todas las situaciones donde podéis aportar vuestro testimonio y vuestro servicio a los demás. Ser testigos, en la Iglesia no es sólo una misión de los ministros ordenados o de los religiosos y las religiosas. Es, de una manera muy peculiar misión de los laicos, hombres y mujeres, jóvenes y mayores. Sobre todo, a los laicos corresponde ser fermento evangélico en la sociedad. Es urgente que todos tomemos conciencia de la necesidad de aportar un testimonio cristiano en la convivencia, en la economía, en la cultura, en la educación, en la política, etc. Nos tenemos que implicar y tenemos que trabajar a favor de la dignidad de las personas y de los pueblos. Debemos aportar a nuestra sociedad la novedad y la alegría del Evangelio, con audacia, sin miedo, con espíritu de servicio y de diálogo. El contexto que vive actualmente Cataluña lo necesita.

Pentecostés no es una realidad pasada. Hoy el Señor repite en los corazones de los que creen lo que obró en el primer Pentecostés cristiano (cf. oración colecta de la misa del día). Basta que nos abramos a él con amor, con generosidad, con acción de gracias, con actitud de adoración. Y individualmente y como comunidad eclesial recibiremos *silenciosamente, sin que nadie sienta la voz* (cf. Sal 19, 4) el don renovado del Espíritu.

La eucaristía que celebramos es una nueva venida del Espíritu Santo. Él hace que la Palabra de Dios sea viva y eficaz para cada uno de nosotros. Él hace que el memorial de Jesucristo presente en los Santos Dones sea real y portador de vida. Él hace la unidad entre todos los miembros de esta asamblea y en toda la Iglesia.

Esta es la causa de nuestra alegría y de nuestra alabanza de hoy. ¡*Dios mío, ¡qué grande eres! Cuántas son tus obras, Señor*. Hoy, vuelves a enviar tu Espíritu *y repueblas la faz de la tierra*